

referidos, que trataba sencillamente de apropiarse, mediante las oportunas transacciones.

Portugal vivía en paz con Francia. El tratado de diez y nueve de Marzo de mil ochocientos cuatro le garantizaba el derecho de tener abiertos sus puertos durante la guerra, á condición de pagar al Imperio diez y seis millones. Su neutralidad estaba solamente reconocida; había cumplido religiosamente por su parte lo pactado, y considerábase seguro. Napoleón le saca de su engaño, exigiéndole bruscamente que cierre sus puertos al comercio inglés, declare la guerra á la Gran Bretaña y confisque todas las mercancías procedentes de este país y las propiedades de los súbditos del mismo; pide que se le conteste sin tardanza y desde luego, antes de recibir ninguna respuesta organiza bajo el nombre de *Cuerpo de observación de la Gironde* un ejército de veinticinco mil hombres, que destina á invadir el reino lusitano, á las órdenes de Junot.

Etruria, guarnecida por los franceses, no había sido nunca independiente sino en el nombre. Durante la guerra con Rusia y Prusia, Napoleón había necesitado sacar las tropas que allí tenía para dirigir las á otros puntos, por lo que la Reina, que ejercía la regencia por muerte de su marido, careciendo de fuerzas con que hacer respetar su neutralidad, tuvo que consentir á los ingleses que traficaran en Liorna. No fué menester más para que Napoleón ordenase á Eugenio que marchara á aquella ciudad con un cuerpo de seis mil hombres, y se apoderara de los ingleses y de sus propiedades. A la Regente se le avisó cuando todo estaba consumado, y se le dijo que la resolución del Emperador obedecía á su deber «de vigilar por sus intereses y contra el enemigo común». A los pocos días, sin embargo escribió Napoleón á Duroc, refiriéndose á la Toscana: «Hay que quitar esa deformidad de la Península italiana». El único obstáculo que existía para ello era el temor de agraviar á España, con la que aun no se quería romper: pero el autor de tantas tropelías hallaba fácilmente solución á esta clase de dificultades. Puesto que la dinastía reinante en España, se dijo, va á experimentar esa pérdida, la indemnizaremos por otro lado; y, en efecto, encargó á Duroc que propusiera á Izquierdo, agente secreto de Godoy, el «disgregar parte de Portugal para la Reina de Etruria, parte para el Príncipe de la Paz..... Deseo, añadía, que Izquierdo me presente algún proyecto acerca del particular».

Quejóse Napoleón á Eugenio que los Estados romanos entorpecían sus comunicaciones con Nápoles; eran, pues, otra «deformidad» llamada á desaparecer. Pretextando, por tanto, ofensas, verdaderas ó fingidas, que imputaba á la Santa Sede y cuya importancia en todo caso exageraba grandemente, mantuvo con Pío VII una correspondencia violenta y amenazadora por parte suya: le invitó en términos categóricos á estrechar sus lazos de unión con Francia y á expulsar del territorio pontificio á los enemigos del Emperador, previniéndole que se decidiese con urgencia, pues si no se veía precisado á incorporar al reino de Italia las tres provincias de Ancora, Urbino y Camerino. De ellas, efectivamente, se posesionó no mucho después en nombre del Emperador el general Lemarrois.

Había también Napoleón intimado á Dinamarca que optara entre la alianza y la guerra, y mandado á Bernadotte que aguardase en la frontera del Holstein la orden de ocupar las provincias continentales de aquella potencia. El infortunado regente, incapaz de resistir y amenazado de perder la mitad de su territorio, prometió ceder. Pero no debía alcanzar Napoleón del concurso de Dinamarca la principal ventaja que esperaba. El gobierno inglés, que no se sabe cómo tuvo conocimiento de las estipulaciones secretas de Tilsit tan luego se acordaran, y, por tanto, de las intenciones de Napoleón acerca de Dinamarca, determinó anticipársele, y después de ofrecer inútilmente á este reino defenderlo, garantizarle la posesión de sus Estados y colonias y recibir en depósito su marina militar, bombardeó su capital y le arrebató su flota. Este acto de Inglaterra causó inmensa sensación en Europa, y mató en flor la irrisoria propuesta de mediación del emperador Alejandro. El ministerio inglés había contestado de antemano al Czar pidiéndole que le comunicara los artículos secretos del tratado de Tilsit. El monarca ruso vióse descubierto, y respondió con una declaración de guerra.

Para obtener la conformidad de Austria á su decreto de bloqueo continental, bastóle á Napoleón restituir á aquella potencia la plaza fuerte de Brannau. Con esto y algunos cambios de territorio en las orillas del Isonso, que se arreglaron amistosamente entre Italia y Austria, se tranquilizó el gobierno de Viena, que temía no recordara ahora el vencedor de Marengo y de Austerlitz su proyecto de mediación después de Eylau.

El despotismo occidental, y el oriental, el cesarismo francés y la autocracia moscovita dándose la mano por encima de las ruinas de las antiguas potencias continentales; proclamado el derecho de conquista como en tiempos de las invasiones de los bárbaros; los soldados franceses en marcha por todas partes, para ir á destruir los últimos vestigios de la independencia de los pueblos que por su debilidad se encorvaran bajo el impulso del huracán, creyendo que pasaría ora que por su alejamiento del teatro de los sucesos se verían libres de sus furores: tal es el espectáculo que presentó Europa en los tres meses siguientes á las conferencias de Tilsit.